

Nuevos espacios de ciudadanización en las instituciones

Guillermo Berrones Castañón

Introducción

El presente ensayo tiene una intención intimista y reflexiva sobre el proceso de participación ciudadana en los temas de mayor interés que impactan en los diferentes estratos del México moderno. Participación surgida de la necesidad de hacer valer los derechos constitucionales en el ejercicio del poder político, en el respeto a la libre determinación, en el reconocimiento de sus demandas ciudadanas, en la valoración de su cultura, en la defensa del voto y en la preocupación por dejar a las nuevas generaciones un legado de valores que le den identidad y respeto a la sociedad del futuro.

Para ello he dividido mi trabajo en tres apartados:

- El que quiere puede
- ¿Dónde agarramos valor?
- El ciudadano Juan

En el primero trato de esbozar, mediante un repaso histórico breve, las características predominantes del poder político en México durante el siglo pasado, hasta concluir con la ferviente y desesperada participación ciudadana de 2000, momento en que la alternancia llega en medio de una fuerte crisis de valores que incide en todos los ámbitos de nuestra cultura, desde el hogar hasta las esferas del poder público y empresarial. En el segundo apartado pretendo analizar esa crisis de valores y propongo que la escuela es el espacio público desde el cual puede lograrse

implantar la semilla de una conciencia democrática, fincada justamente en el fortalecimiento de nuestros valores en riesgo. En el último de los apartados pretendo fortalecer el concepto de ciudadano revalorando su importancia en el contexto de una sociedad urbanizada y cuya participación habrá de ser el pilar de la auténtica democracia que México requiere y merece.

El que quiere puede

La voz popular también nos brinda enseñanzas. Desde la sencillez de sus palabras, a veces juzgadas *a priori*, resaltan sentencias ecuménicas que fortalecen los valores de nuestra cultura. *Querer es poder*, dice campechanamente una frase común, la cual encierra una connotación facultativa que tiene que ver con las capacidades y competencias de los individuos. Sin embargo, el poder en su acepción más pura tiene implicaciones de autoridad, de mando, de control y supremacía y lo convierte en un término que seduce hasta al más ecuánime de los ciudadanos. En nuestro país, el poder político se ha convertido en una pasión desmedida que revela, en la mayoría de los casos, los más oscuros dramas de la condición humana; las más intrincadas obsesiones y los más deleznable actos de soberbia, desdén y capricho que imperan por encima de la razón.

El ejercicio político en México es un caleidoscopio de personajes y situaciones ejemplificantes de una extraña simbiosis entre poder y sumisión. El poder político pareciera tener una falsa moral, etérea, diluida en la complicidad colectiva; crimen y castigo de una sociedad, en cierto sentido abyecta, sojuzgada por el interés y la mezquindad de unos cuantos. Pagamos el precio de un retraso cultural y educativo en la imposición monolítica de un partido único que ostentara el poder con aspiraciones de eternidad, que si bien mantuvo a raya las aspiraciones ciudadanas de otros, su propia dinámica acabó por generar un proceso de descomposición que acabó dispersando sus cuadros. Pero no es mi propósito acabar señalando y reprochando las desmesuras consignadas en la historia inmediata del poder político. Pretendo explicarme objetivamente, desde mi óptica de ciudadano común, la razón de las sinrazones que conducen a estos agentes de la sociedad, que desde la criptografía de sus discursos mueven y conmueven

masas. Y cómo estas masas, con conocimiento de causa, creen, se decepcionan y vuelven a creer para volver a decepcionarse en un círculo interminable de esperanza y realidad. Sin embargo, enfocaré panorámicamente los testimonios del desarrollo político privativo en la mayor parte del siglo pasado.

Madero se alza en la victoria con el derrocamiento y expulsión de un personaje que pasa de héroe a villano. Consumido por la soberbia y la vejez, Díaz habrá de pasar sus últimos días recorriendo pausadamente los bulevares de una Francia que lo arroparía en los momentos finales de su existencia. Madero, por su parte, habría de sucumbir víctima de la deslealtad y del exceso de confianza, su poder de convocatoria resultó efímero y doliente. Encumbrado por su traición, Victoriano Huerta representa el miasma y la baja del poder. Le seguirían una secuencia de disputas sangrientas y absurdas que exhibieron la otredad del espectro hegemónico.

Los caudillos se abrieron paso en las páginas históricas. Y el pueblo, desconcertado y sufriente fue carne de cañón enarbolando falsos ideales. Bandos y bandidos surgidos de la nada, capaces de imponer su ley, la ley del más fuerte, del más procaz estilo para arengar y persuadir a sus seguidores. Carranza y Obregón son íconos de la tragedia. Tlaxcalantongo y La Bombilla los escenarios que vieron derrumbarse sus aspiraciones y sueños de perpetuar su autoridad. Calles no fue ajeno al canto de las sirenas, tras bambalinas impuso su criterio y decisión para gobernar sin gobernar. El sello de su imposición se adjetiva en el llamado *maximato* donde con el poder de su firma decidió y ungió a tres presidentes. Su suerte estaba echada en la designación del Gral. Cárdenas como presidente y en la creación de un orden institucional que englobara los intereses de las distintas facciones en disputa: un partido único representante de los distintos sectores de la sociedad mexicana. Y funcionó, aunque le costó el destierro que Cárdenas le impusiera como requisito para restaurar el orden social y político del país.

Así nació la organización institucional, en medio de las refriegas aisladas y bajo la premisa de una nueva burguesía (como lo escribiera Azuela) que buscaba la reconciliación con la dispersa aristocracia porfiriana, menguada, pero aún firme en sus capitales. Omite deliberadamente muchos nombres de la nómina histórica que igual sintieron la pasión y la gana de encumbrarse

en la celestialidad política. Otros quisieron, pero no pudieron, se quedaron en el reflejo pavloviano.

Y se hizo la paz, una paz alimentada en el reparto donde los hijos de la revolución pudieron partir, repartir y compartir el poder, hasta que se agotó. Las familias revolucionarias crecieron y los nietos acabaron disputándose las migajas, hasta que Caín, víctima de su perversión volvió a manchar sus manos y el fantasma de Judas también se engalló en la descomposición natural del ciclo concluido.

Los tiempos modernos, modernos son, y con ellos una sociedad más demandante, a veces contestataria, agotada en su espíritu demanda y exige un despertar ciudadano. Rebasados los liderazgos, la conciencia colectiva cobra facturas y desde el razonamiento particular participa sufragando para designar a los hombres y a las mujeres de bien, en quienes confía por sus aptitudes para que rijan los destinos políticos del país, de los municipios y de los estados.

Guillermo Bonfil nos obliga en su lectura del *México Profundo* a revirar hacia nuestros orígenes, al pasado latente que genotípicamente pudiera aparecerse en cualquier generación de nuestra sociedad mexicana obedeciendo a las leyes de Mendel. Un México bravo, inteligente, visionario y organizado para la guerra y para la superación de su cultura; borrado del mapa tras el choque cultural de 1492 pero cuyo fantasma emerge como las construcciones del Templo Mayor.

Debajo de la gran ciudad pervive la luz del pasado con sus glorias y grandezas, la otra historia, el rostro sepultado que puede devolvernos la dignidad del espejo roto, del México moderno que se confunde en su identidad y en su naturaleza híbrida y multifacética. El México profundo despertó en Chiapas en enero del 94 y tiene sangre de indio que reclama en los estertores de su agonía sus derechos a hacer la historia sin mentiras, “la dignidad rebelde; el corazón olvidado de la patria”. Hombres de barro nacidos bajo el soplo de la selva. Desde allí la alerta nos hizo parar las orejas y empezamos a sacudirnos el polvo del olvido.

La modorra ya había desesperado a la ciudadanía urbana y se volcaba en manifestaciones exigiendo ser reconocida en sus demandas. Nava en San Luis Potosí encabezó civilizadamente la resistencia social exigiendo un cambio real en las estructuras de poder. Ruffo rompió el cascarón del dinosaurio dormido que

siempre permaneció allí, indefenso; el Maquío cayó sacrificado bajo los últimos suspiros del terror en Sinaloa. Comenzaba a gestarse la defensa del voto y de la participación en los procesos de selección de las autoridades gubernamentales de cualquier nivel.

El México moderno, el de la piel de asfalto, salta a la modernidad a cualquier precio. Si definimos el silencio como la ausencia de voz en el más simple de los razonamientos, habremos de entender entonces que en la conciencia popular el adagio de “el que calla otorga” es una expresión que encierra una sentencia. En este país que no acaba de construirse, de encontrarse y medirse en su dimensión histórica para alcanzar su destino, el ruido de unos cuantos inhibe la libre voluntad del resto. Existe un poder ausente de autoridad, una educación ajena a los principios de la construcción del pensamiento y una influencia externa de la que no podemos sustraernos porque estamos inmersos en la vorágine del desarrollo moderno. Se globaliza la sociedad y convertimos los sueños en la ligera y volátil cualidad del globo, cautivados por el embrujo de los discursos somnolientos de nuestros gobernantes.

Apenas nos calzamos las chanclas de la democracia y ya presumimos falsos triunfos. Las opciones se multiplican. Cuatro apocalípticos de su partido se enfrascaron en batalla campal por ganarse el ungimiento presidencial. Dieron patadas de ahogado y la unción estaba predestinada. Todos lo supimos en su momento y de sus arengas da cuenta la reciente historia. Un solitario guanajuatense, con la falsa imagen de una identidad que raya en el machismo, se antepuso al juego calculador de su partido y los obligó a la nominación de facto aunque estuvieran en desacuerdo con su discurso lleno de adjetivos populacheros contra el gobierno.

Por su parte, la izquierda visionaria y utópica en sus ideas, pero maleada en el protagonismo individualista de sus miembros, que cada uno cree tener la razón, pareció desmembrarse con las bravatas de Muñoz Ledo y el mutismo de Cuauhtémoc Cárdenas. El resto de los partidos se perdieron en su propia supervivencia. Sin aspirar más que a mantener su registro y a mantener el sueldo de sus dirigentes. Vividores sin propuesta legítima y seria.

La transición de un país eminentemente agrícola, rural y disperso en los inicios del siglo que recién terminó a una sociedad urbanizada, moderna y hacinada que presencia el nuevo siglo y milenio, también trajo consecuencias que vale la pena considerar

en los espacios reflexivos de los últimos acontecimientos.

Una de las demandas más socorridas en las últimas décadas tiene que ver con el desarrollo de unas elecciones limpias que dignifiquen nuestra conciencia nacional, que satisfaga las necesidades sociales más apremiantes y que establezca un equilibrio entre la autoridad que gobierne, administre y distribuya con justicia el producto del esfuerzo social y la ciudadanía, que a final de cuentas es la que otorga dicha autoridad. Los candidatos habrán de ser limpios contendientes si nos aferráramos al sentido etimológico de la palabra. La candidez es pureza, blancura, sin mácula.

Cuando la autoridad se corrompe, el autoritarismo es la mejor opción para justificar el ejercicio de un poder malentendido y en el peor de los casos mal habido. Esos estados del desarrollo de nuestra nación obedecen más a los desajustes de la conciencia colectiva lo que habla de una exigencia justa, de un anhelo de democracia que aún no logra consolidarse en nuestra sociedad. La limpieza no es una característica muy propia de nuestra cultura, contrariamente a lo que se pueda decir. No se requiere convertirse en el Freud de la conciencia nacional para entendernos históricamente.

La esperanza del obrero aspira a despojarse de su realidad de sueldos miserables, de la canasta básica con la que no llena y de la incertidumbre que otorga el no contar con un empleo permanente. El campesino requiere cultivar no sólo el campo que se muere, también su espíritu lo demanda. No se puede amar la tierra con hambre. Las instituciones educativas deben ser forjadoras del pensamiento liberal y progresista, de la competencia y calidad efectiva de sus egresados; pero sin saturar el mercado de profesionistas. Una pregunta nos deja en desconcierto: ¿tendrán los candidatos actuales los tamaños, capacidad, inteligencia y la voluntad para solucionar los grandes problemas de nuestro país? La dignidad de México está en juego. No se puede vivir de la esperanza. Y el enemigo no está afuera. Los depredadores de poder pueden estar en riesgo, porque el silencio de los inocentes puede convertirse en voz estruendosa que demande lo que justamente merece: prosperidad para todos.

Es un despertar en cierta manera tímido pero decidido. Las urnas del 2000 se llenaron de votos para dar paso a la alternancia dando un paso firme, sin miedo a la presión partidista, con una libertad que le cuesta trabajo comprender, pero que

lo hace sentir confianza en el valor de su decisión, en el voto depositado. La sociedad mexicana le ha perdido el miedo a la prepotencia y mediante los causes legales y haciendo valer sus derechos constitucionales sabe que la razón le asiste. Con ello, el viejo concepto de la ostentación del poder basado en la punta de una pistola, en la voz estruendosa y autoritaria de gobernantes despóticos pierde vigencia y se inicia una nueva época fundamentada en la participación ciudadana que confía en su propia organización y en la institución de un organismo confiable de ciudadanos honorables que velen por el cumplimiento de la voluntad política de una sociedad que empieza a creer en los procesos democráticos.

¿Dónde agarramos valor?

Sin duda que el fortalecimiento institucional conlleva compromisos serios para alcanzar objetivos tangibles que beneficien y permitan la madurez social de nuestro país. Y uno de los espacios públicos en los que se finca la construcción de un futuro democrático es la escuela. La transferencia de los conocimientos a las nuevas generaciones se da en este espacio y es terreno fértil para una futura cosecha. Sin embargo, el fenómeno de degradación que afecta a muchas de nuestras instituciones también ha impactado en el sector educativo, con lo que valdría la pena hacer un breve análisis sobre esta situación, que si bien no es alarmante debe preocuparnos y tratar de evitar un mayor contagio que a futuro podamos lamentar: la pérdida de los valores.

Los valores humanos no son asunto que puedan imponerse como una moda pasajera. Su naturaleza se rige por el sentido de responsabilidad que cada individuo asume para consigo y desde donde se dictan las normas y formas de sobrellevarse con los demás. Los valores constituyen la riqueza de las relaciones humanas que permiten una convivencia social armónica. El concepto parece hacerse tan común, está en boca de todos: desde funcionarios, padres de familia, comunicadores, maestros, ideólogos, historiadores y analistas de nuestra sociedad. Sin embargo, al convertirse en tan cotidiana la expresión, se torna una ligereza concebirlos como la indumentaria de la perfección. No son privativo del dogmatismo religioso ni objeto de decoro

que pueda cargarse en el bolsillo del chaleco para presumirlos en cotos de conversación. Los valores implican compromiso personal con la familia y con la sociedad. Tampoco son consecuencia de transfusiones sanguíneas o de herencia genética. Son práctica permanente de la conducta que se hereda por tradición. Desde el seno mismo de la convivencia familiar se van gestando por imitación hasta que a fuerza de ejercer una conducta que empate con la de los demás y que los unifique en el sentido de compartir, convivir y disfrutar del derecho a la vida que nos hace coincidentes en nuestro efímero tránsito terrenal.

La sociedad mexicana tiene por tradición una herencia cultural híbrida, nacida de la competencia bélica de dos razas distintas. Choque cultural histórico que modificó a ambas. Para bien o para mal, los mexicanos poseemos una identidad cuyas raíces históricas y religiosas forjan, mediante la tradición y un costumbrismo agónico, al hombre moderno, al hombre de fin de siglo. Es bajo el influjo de la modernidad que se siente en crisis. Y está confirmado que la tendencia de toda crisis es la anarquía porque la duda establece el terror y en consecuencia la depresión de la conciencia cuyas únicas opciones son el escape o la rebeldía.

El vértigo de la tecnología, generadora del cambio, y la creciente industrialización, han desplazado al hombre, restándole presencia e inhabilitándolo para constituir la gran masa desempleada. Los campos han sido abandonados cumpliendo el pensamiento de Toffler en el sentido de que pasamos los efectos de la primera ola, la del agrarismo; y en la segunda, la de la industrialización, aún no logramos consolidarnos. La emigración es un fenómeno contundente y natural en la búsqueda de un nuevo estatus y un nuevo rol social. Las ciudades representan esa posibilidad de oportunidades. Empresas, universidades, escuelas particulares, comercios y el abanico de subempleos se ofertan como una mejor forma de vida. Y ante el inminente fracaso, la calle, la mendicidad, la prostitución, el desempleo. Se cumple así el adagio del poeta popular José Alfredo Jiménez: "las distancias separan las ciudades, las ciudades destruyen las costumbres".

Es esta sociedad urbana la que ofrece mejores condiciones para corromper los principios morales de la familia. Las ciudades son caldo de cultivo para la perversión, la hipocresía, la blasfemia y la indiferencia, por mencionar unas cuantas manifestaciones de

intolerancia social. La esfinge de la modernidad nos pone a prueba. ¿Qué tanta fuerza posee nuestra espiritualidad para soportar la seducción de lo aberrante? ¿Cuál es el sentido de los valores en un medio bombardeado por la violencia cinematográfica, por la pornografía hemerográfica y de Internet, por la publicidad novedosa? ¿Realmente están en crisis nuestros valores?

Los valores no son, pues, una etiqueta adherente que se pueda estampar a quien levante la mano y reconozca saber o conocer dichos valores. No basta enumerarlos de memoria; no basta reconocerlos en frases célebres o en estampitas escolares. Los valores comprometen la calidad intrínseca de los individuos, la apreciación del entendimiento o de la conciencia; y se manifiesta en cada una de las actitudes que se toman frente a los semejantes.

La escuela es el vínculo entre la realidad y el ideal, el eslabón generacional, y constituye el espacio en el cual convergen los intereses de padres de familia, alumnos y maestros. Los primeros esperan que sus hijos adquieran conocimientos, actitudes y aptitudes que les permitan enfrentarse a los retos de la vida y la posibilidad de un futuro distinto. Es el espacio público de mayor presencia social. Los alumnos tienen su propia visión de la vida y de su entorno, fundamentada en su naturaleza perceptiva que le ofrece la experiencia de convivir en sociedad; y en su condición de mente abierta se encuentra el futuro como una consecuencia de lo que padres y maestros siembran en él. La mayor responsabilidad recae en el maestro, ese ser que guía y conduce el conocimiento; forma y transforma la conducta de sus alumnos; reproduce y preserva los esquemas de la tradición valorando la historia de su país y asumiendo el juicio popular del cual forma parte. Posee la preparación, el conocimiento y el método para inducirlo; y la sociedad le exige una calidad de conducta a veces un tanto rígida y en apariencia deshumanizada; ajeno a las tentaciones de la cotidianidad, el maestro debe ser congruente entre lo que dice, enseña y juzga como correcto y la conducta que observa dentro y fuera del plantel. Si faltase a este requisito impuesto, su verosimilitud entra en cuestión.

La escuela salvaguarda y reproduce los valores de la cultura, no como un decreto establecido sino en el perfil de cada uno de los involucrados en la tarea docente. Un maestro que disfruta de la lectura en los pasillos del plantel durante sus ratos libres puede

despertar la curiosidad y motivar la imitación de dicha conducta, si bien los propios compañeros no terminan escarneciéndolo. Cuando se predica en clase la importancia histórica de los símbolos patrios y durante las ceremonias cívicas se mantiene una postura de indiferencia, la posibilidad de reproducción también crece, sólo que con efectos negativos. De igual manera si un maestro se mofa o ironiza algunas actitudes de sus propios compañeros, difícilmente tendrá calidad moral para predicar los valores; y si esa actitud la desarrolla frente a sus alumnos, el impacto será devastador para la formación del estudiante.

Los ejemplos sobran para demostrar de una manera crítica el proceso de descomposición de la estructura que sostiene la calidad humana. Los maestros son también víctimas de esta crisis, resultaría injusto enjuiciar o asumir culpas *a priori*. Si bien es en los maestros en quien recae gran parte de la responsabilidad formativa de las nuevas generaciones, son ellos, parafraseando a Salvador Novo, “reflejo de reflejo”, reproductores del esquema y del ideal que el Estado considera que debe ser el sistema educativo, siempre fundamentado en los postulados del artículo tercero de la Constitución que nos rige. Hay también una normatividad que establece los horizontes ideológicos de la educación, basada en las necesidades propias de la sociedad, en el proceso cultural que nos identifica como mexicanos y en la demanda social que sólo permite la democracia de los pueblos. La Secretaría de Educación es la instancia generadora y rectora de los planes, programas y proyectos educativos nacionales; y en cada estado del país se ajustan a las necesidades regionales sin perder el sentido de identidad nacional.

La preocupación de retomar la importancia de los valores, como eje rector de la conducta humana, surge en momentos por demás significativos: el final de un milenio y el incipiente nuevo siglo; la transculturación de las naciones a causa del fenómeno económico de globalización (recordemos el TLC de México con Norteamérica); la polarización de la pobreza frente a los grandes capitales; el desorbitado urbanismo y el abandono del campo; la participación de la mujer en los medios de producción; la industrialización incipiente; una democracia mal entendida; el agotamiento de los recursos naturales, así como la oferta dogmática de una competencia religiosa sectaria, son detonantes existenciales de dudas que se generalizan y traen como consecuencia el

abandono de principios establecidos por la conciencia cultural en la historia de los pueblos. Por ello, reflexionar y reconsiderar, mediante la autocritica, nuestra condición humana ante nuestros semejantes en una interacción de las instituciones sociales, religiosas, familiares, políticas y culturales significa enfrentarnos con nosotros mismos y redimensionarnos ante nuestra realidad. Y es la escuela el espacio público por excelencia donde se puede iniciar el diseño de un programa formativo del ciudadano que la sociedad mexicana reclama.

El ciudadano Juan

Juan Pueblo es un término coloquial que generaliza las características culturales de los habitantes de nuestro país. Peyorativamente lo enuncian los integrantes de los círculos del poder económico y político, que de alguna manera se han encumbrado gracias a la explotación, al agravio, a la marginación y al desprecio de los más elementales derechos de este personaje, que en singular, resulta insignificante; pero en su más pura esencia es conjunto, unidad, masa organizada que evoluciona hasta hacer oír su voz, en una clara necesidad de ser escuchado y tomado en cuenta.

Juan Pueblo no es un animal de galaxia, es origen y destino, cuyas raíces se enclavan en el pasado indígena de una nación predestinada a un desarrollo lento y cauteloso, desconfiado y prudente; pero también cruel y aguerrido, sagaz y terriblemente imparable. Su bitácora de vuelo es un desarrollo pausado y lleno de abrojos. Su herencia es un resabio de rencores y lastimosas páginas de sangre que entintan la historia de su vida.

Sin embargo, y fuera de todo sentido metafórico, Juan Pueblo representa la realidad social de los mexicanos que desde su pasado histórico, se dimensiona en su identidad para reiniciar la búsqueda de mejores condiciones de vida en la construcción de su propio futuro, del porvenir de sus hijos y nietos que habrán de llegar en este tercer milenio y en los siglos venideros con la esperanza de una nación más fuerte, consolidada en sus instituciones y fortalecida en sus más claros principios nacionalistas; pero a la vez inmersa en la propia dinámica del contexto mundial que reclama una participación activa en lo económico, sin menoscabo de su identidad y preservando sus valores culturales.

Juan Pueblo fue indígena organizado del que quedan reductos dispersos y abandonados de la mano de Dios y de los gobiernos, en las zonas montañosas de Oaxaca, Chihuahua, Guerrero, Veracruz, Chiapas, por mencionar algunas entidades. Sus reclamos de reivindicación han encontrado tímpanos obstruidos que desoyen su voz y además los convierten en decoro de artesanías, en muestrario de turistas extranjeros; y lejos de ser la vergüenza de nuestra infamia, se convierten en la negación de nuestro origen.

Se ha retorcido en su metamorfosis por alcanzar la madurez de su desarrollo, cuyos cambios están consignados en las distintas etapas históricas; desde la violencia que lo obligó a la sumisión y al escarnio de la transculturación europea, pasando por estadios de luchas intestinas, persecuciones, injerencias, injusticias, vejaciones de las que emerge y resurge con decoro para volver a enfrascarse en nuevas lides que lo pulen en esa búsqueda infinita de libertad, respeto, soberanía e identidad genuina.

No es afán hacer un recuento de los daños, ni tornar en nostalgia llorante el pasado enterrado, aunque vivo en la memoria, pero Juan Pueblo ha sido víctima de su propio destino. Encuentra su más grato honor cuando se ha convertido en carne de cañón para la defensa de los intereses nacionales y en sus hazañas de guerrillero alzado donde luchó por nada, tan solo porque daba lo mismo morir de hambre que morir de un balazo. Las revoluciones dan cuenta de lo que digo. México no tiene soldado desconocido, Juan es su nombre y Valentina o Adelita su mujer.

Pero a Juan lo ha alcanzado la historia. Su origen campesino, rural, de tradiciones y costumbres ancestrales, fue envuelto en los embates de la tercera ola y lo ha sacudido el modernismo. Los engranes de su carreta trocaron el canto de sus ejes por el ruido engrasado de las poleas empresariales; por el humo de las chimeneas que no sólo se adhiere a las paredes sino que también impregna los retículos pulmonares. Sin opciones, las manchas urbanas han devorado su immaculada sensatez, lo han despojado sorpresivamente de los pocos valores que le quedaban y que nunca fueron materiales. Insólito ser que tuvo que adaptarse al cosmos de las ciudades monolíticas, al imperio del absurdo y a la nostalgia del pasado que piensa que fue mejor. Iluso.

Juan Pueblo es, en el amanecer de este nuevo siglo, apenas una promesa, un sueño aletargado que vislumbra el horizonte

boreal de una nación en ciernes. Estamos ante el parto doloroso de la historia que expulsa, al fin a una nueva vida, a un ser de nuevos bríos, dotado de una genética evolucionista que lo enmarca en la dimensión del posmodernismo, donde el caos y la incertidumbre obligan a la dignificación de los más elementales derechos y al cumplimiento de sus responsabilidades ciudadanas.

El ciudadano Juan se ha despojado de la escafandra oxidada que lo inmovilizaba. Dejó de ser un calificativo despectivo vergonzante. El ciudadano Juan personifica hoy una mano que se alza, no para agredir, sino para demandar que su voz sea escuchada; y no es una voz que se bate en duelo, sino que debate y cuestiona, aprueba aciertos y desecha necesidades. Es una voz crítica y organizada que construye con fundamentos y normas justas, capaz de un razonamiento ajeno a las utopías y a los mesianismos engañosos, y bajo una óptica de prudencia y lealtad a los más caros principios de una sociedad plural e incluyente.

Sin embargo, su condición renovada encuentra todavía rescoldos de los apóstatas de la democracia que se niegan a ceder espacios ante el despertar ciudadano. Todavía queda mucho camino por recorrer, lo mexicanos hemos dado el primer paso comprometido en aras de un México distinto, más plural, más democrático, más sensible, más humano, pero sobre todo, más participativo y organizado. Bajo esta premisa, el proceso de maduración de nuestra sociedad habrá de encontrar en la participación ciudadana los cimientos que la transformen, que la fortalezcan y la consoliden. Son los ciudadanos los que habrán de construir, remodelar y reestablecer la credibilidad de las tan deterioradas instituciones nacionales mediante un proceso de participación permanente.

Conclusiones

México es un país con una riqueza cultural por demás admirable, las páginas de su historia reflejan un desarrollo social con una diversidad de expresiones, con variantes lingüísticas, con una cultura plural que obliga a la reflexión permanente y al análisis profundo de su acontecer. Nuestras características de ciudadanos obedecen a esa evolución de las costumbres y tradiciones, al profundo sentido de la oralidad, a una compleja educación que no

está solamente en las aulas sino que tiene raíces profundas en el seno familiar y que la modernidad, con todo y sus ilusiones no ha podido romper y subyacen en el espíritu nacionalista de los pueblos. Pero se mantiene alerta al acontecer cotidiano y a las exigencias de un nuevo orden social que demanda la propia dinámica del desarrollo social de un mundo cada vez más globalizador. Se vislumbra cerca una nueva realidad, la participación ciudadana empieza a rendir frutos y con ello se fortalecen las instituciones. El ciudadano del México moderno es un ciudadano alerta y dispuesto a asumir su compromiso y los retos de la sociedad del siglo veintiuno.
